

PELÍCULA HABLADA

Siluetas, gestos y muecas de la semana parlamentaria

LEJOS de nuestro ánimo recurrir a una fácil ironía. Pero es forzoso registrar un hecho de elocuente significación. En la Cámara Constituyente hay dos diputadas. Nada más que dos. Doña Victoria Kent y doña Clara Campoamor. Pues bien: hasta ahora no ha sido posible que sobre ninguna cuestión se pongan de acuerdo doña Clara Campoamor y doña Victoria Kent.

Las únicas dos mujeres de las Cortes—sólo dos—discrepan constantemente; hasta en aquello que la más simple lógica haría presumir que debía unir las.

Llegadas ambas a la Cámara en nombre de una teoría—que es justa realidad—de igualdad intelectual y democrática de los sexos, aún ante esa realidad evidente, cada una de las diputadas reacciona de modo distinto.

Se discutió en la semana última la concesión del voto a las mujeres. Las dos diputadas tienen, naturalmente, derecho a votar en la Cámara. Y estas dos mujeres que votan, se pusieron a discutir el derecho de las mujeres a votar.

Parece absurdo. Pero «así es si así os parece», dicho al modo pirandelliano. Apresurémonos a distinguir que fué la señorita Campoamor quien se erigió en defensora del voto femenino. Y con tal tesón, que logró arrastrar tras sí a una mayoría de diputados; si no muchos, en verdad, los bastantes para que en la votación resultara triunfante el derecho femenino a participar en el sufragio.

La señorita Kent debió sufrir grandemente al desempeñar su papel de disconforme con la señorita Campoamor. A buen seguro que en cualquier momento del debate la señorita Kent hubiera cambiado su tesis por la de la señorita Campoamor. Porque la señorita Kent es, desde luego, partidaria de la igualdad de derechos para los dos sexos. Y si se opuso a esa igualdad que

es postulado fundamental del feminismo, no pudo hacerlo sino en nombre de un vago oportunismo político. La señorita Kent reconoce el derecho de las mujeres a votar. Pero no cree oportuno que se les reconozca ahora, porque, a su decir, eso sería un gran peligro para la República. Peligro que radica en que para la señorita Kent la inmensa mayoría de las mujeres españolas son católicas militantes y partidarias de las ideas derechistas.

Es decir: que la señorita Kent, como el sacristán liberal aquel que cantaba «¡muera quien no piense igual que pienso yo!», sólo quiere el voto para las mujeres si las mujeres van a votar a favor de las ideas que profesa la señorita Kent. Como se vé, la señorita Kent tiene de la libertad un concepto muy equitativo, muy liberal y, sobre todo, muy... femenino. Como que recuerda al de aquella Silvia de la inmortal farsa benaventiana que exclama ingenuamente: «Yo haré siempre lo que mi papá mande, si mi mamá no se opone y a mí no me desagrada»...

Ahora bien: como la señorita Campoamor no es, naturalmente, la mamá de la señorita Kent, ésta piensa así: «Yo defenderé siempre las razones de las mujeres, si las mujeres piensan como yo y la señorita Campoamor defiende lo contrario que yo».

A pesar de estas pintorescas rivalidades, nada hay, sinceramente, que nos sea más agradable, por ser justo, que la presencia en las Cortes de dos representantes femeninos. A ese número exiguo, dos, añadiríamos gustosos un par de ceros, dicho sea sin la menor intención irónica...

Doscientas diputadas acaso impondrían la necesidad permanente de las «sesiones permanentes»; pero darían a las Cortes el tono y la eficacia y la representación justa... Si las mujeres, son, por lo menos, la mitad de nuestra vida y de nuestra sociedad, no hay derecho a que la representación de esa vida y esa sociedad la acaparen abusivamente los hombres...

Las dos primeras diputadas españolas son verdaderamente dos mujeres ejemplares por su talento, por su cultura, por sus capacidades de trabajo... Son, además, ilustres doctoras en leyes... Pero como ya hay en el Congreso otros ciento veintitrés abogados más, nosotros hubiéramos preferido que las dos únicas diputadas hubiesen tenido cualquier otra profesión. Por ejemplo, esa que en la casilla correspondiente del padrón municipal se expresa así: «su casa»... En el Congreso no hubieran estado mal un par de «mujeres de su casa». Y sin que esto sea una censura para el celibato de las dos diputadas actuales, digamos que las hubiéramos preferido casadas. Y, además de casadas, con unos cuantos hijos...

Porque la mejor política, por no decir toda la política, de una mujer con hijos está en el cuidado y la defensa de su hogar. Y al mirar por los suyos, esas dos diputadas mirarían por el de todas las mujeres españolas. Posiblemente entonces, en vez de tantas y muchas de ellas estériles discusiones políticas, en las Cortes, ya se hubiera planteado este



VICTORIA KENT

(Fot. Cortés)

sencillo problema: En España el hogar está amenazado, y no precisamente por las cuestiones religiosas ni los futuros cambios matrimoniales... El hogar no está amenazado por el laicismo ni por el divorcio... Está, sencilla y dolorosamente, amenazado por la miseria. Cada día hay menos trabajo y cuesta más cara la vida; los ingresos son menos y las subsistencias alcanzan precios de privación. Dar de comer a nuestros hijos va tomando caracteres de empresa heroica. ¿Cómo se arregla esto? ¿Quién es responsable de esto? En los hogares falta el trabajo, y el pan, y la alegría...

He aquí, quizás, lo que plantearían a las Cortes, con apasionada urgencia, «las mujeres de su casa»... Temas de mujer, que no debían ser sólo de mujer si los hombres del Congreso no se olvidaran de ellos...

Las señoritas Kent y Campoamor, a este respecto, son muy poco femeninas. Nosotros hemos de lamentarlo. Como lamentamos también que otro tema muy femenino, el de la protección a una mujer desvalida, haya escapado también a la iniciativa de las dos diputadas. Si el Congreso ha acordado conceder una pensión a la pobre huérfana de Nakens, ha sido por la iniciativa de ese viejo, ilustre y barbudo apóstol laico que se llama don Roberto Castrovido...

JUAN FERRAGUT



CLARA CAMPOAMOR

(Fot. Agencia Gráfica)

FEDERAL
EL MEJOR CAMION
VELAZQUEZ 18